



15 de junio de 1879

## LOS EFECTOS QUE NUESTRO SEÑOR PRODUCE EN EL ALMA CUANDO DESCENDE EN ELLA POR LA COMUNIÓN

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas,

Es difícil esta semana hablar de otra cosa que no sea del santo Sacramento. Hemos hablado de él a menudo como el objeto de nuestra Adoración. Dejadme tomar hoy algunos de los efectos que la Sagrada Comunión debe producir en nuestras almas, en cooperación con nuestra preparación y fidelidad.

Lo que recibimos es la misma palabra de Dios, la palabra eterna, el Verbo divino, el que nos anunció toda verdad, y a quien debemos la vida – porque, al principio de los tiempos todas las cosas fueron hechas por el – finalmente fue él quien vino a la tierra para enseñar todo bien, toda sabiduría y toda verdad.

Cuando desciende a un alma, no está mudo en ella. Si es lo propio del Espíritu Santo traer el fuego, la luz y el ardor, es propio de nuestro Señor Jesucristo, del Verbo hecho carne, iluminar por la palabra, hablar al alma, ser esa palabra que convierte. Una sola de sus palabras da la vida eterna, como dice San Pedro: *¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna*<sup>1</sup>.

¿Por qué oímos tan poco esta palabra que nos debe conducir a la vida eterna? Cada una de nosotras, tú, yo, en una palabra, cada una, tiene que oír una palabra, una palabra de santidad, que es totalmente propia para su alma, que *conoce* sus necesidades. Esta palabra es la de nuestro Señor Jesucristo.

Con frecuencia no la oímos, porque no nos recogemos en nosotras mismas. Está dicho en alguna parte de la Escritura: *Pecadores, volved a vosotros mismos*<sup>2</sup>. ¿Por qué os ofendéis a Dios? ¿Por qué sois todavía pecadores, todavía imperfectas? ¿Por qué no observáis la regla de la perfección? Es que no entráis suficientemente en vuestro corazón. Cerrad los oídos a los ruidos externos, abridlos a la palabra que habla por dentro. Tratad de prestar atención, de preguntar internamente lo que necesitáis. Las personas que tienen la costumbre de conversar interiormente con nuestro Señor Jesucristo, de entrar en ellas mismas para escucharlo, necesariamente se santifican.

Gran cosa es llegar a oír al que es la palabra por excelencia, escucharlo, obedecerlo, cerrar los ojos a las cosas de fuera, cerrar los oídos a los ruidos que vienen

---

<sup>1</sup> Jn 6, 68

<sup>2</sup> *Redite prævaticatores ad cor.* Is 46, 8

del exterior, para recogerse, escuchar, obedecer, tomar el espíritu, no el nuestro, sino el de Jesucristo.

Cuando nuestro Señor entra en el alma y ella lo escucha, observo que imprime dos cosas en ella. La primera es un gran profundo respeto a su Padre, una gran adoración a su Padre. Nuestro Señor vino a la tierra para ser el adorador en espíritu y en verdad, para establecer este culto en espíritu y en verdad. Él ha venido con fines religiosos. La religión, no necesito decíroslo, es lo que nos une a Dios, lo que nos hace dar a Dios todo lo que se le debe: este es el objetivo principal de la misión de nuestro Señor.

Nuestro Señor vino a reparar el daño hecho a Dios. Vino también para redimirnos del pecado, pero ese es un fin subordinado. Lo primero, es la gloria de Dios, es la reparación de los ultrajes hechos a la santidad de Dios, es honrar todas las perfecciones de Dios. Mirad en el Pater: *Santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad*. Estas son las tres primeras peticiones. Nuestro Señor siempre pone esto en primer lugar, no es que nuestro interés no esté allí, porque quien dice la llegada del reino de Dios, dice el mayor bien del hombre aun en este mundo, para lograr el bien de la eternidad. Todas las cosas comienzan del lado de Dios.

En el alma que le escucha, el Señor inspira un profundo respeto, una religión verdadera, una adoración ilimitada, los actos del amor más ardiente. Le da un conocimiento superior al de la inteligencia natural, un conocimiento del corazón, un conocimiento de fe de lo que Dios es, esta perfección sumamente deseable, esta meta a la que debemos tender, hacia la cual, si estuviera liberada de las ataduras de aquí abajo, el alma se precipitaría con más rapidez que la piedra desprendida de lo alto cae a la tierra.

El alma, liberada de las ataduras de esta tierra, se remontaría hacia Dios con un deseo, una adoración, un amor indecible, con todo lo que podéis imaginar de más ardiente, de más diligencia, con una sed, un respeto, con todos los sentimientos de que es capaz el alma humana, cuando está en el nivel más alto de su deseo, de su amor, de su *adoración*, ya que la *adoración* contiene todo esto.

Nuestro Señor entra en el alma para imprimirle este sentimiento, como un sentimiento fundamental. Cualquiera que tenga este sentimiento fundamental de la perfección de Dios, de lo que es debido a Dios, llegará pronto a sacrificarlo todo, a tenerlo todo como poca cosa. Vosotras comprendéis que hay un *todo* en este mundo, un cierto *todo*: todo lo que parece, todo lo que se escucha, se conoce.

Un alma penetrada de lo que es Dios, que lo conoce a través de la luz que nuestro Señor le da, ve otro *todo* escondido a nuestros sentidos, que no vemos, que no oímos, que no tocamos, pero que es mucho más real que todo lo que vemos, que todo lo que tocamos, que todo lo que oímos: Dios, el ser soberano, fin eterno de todas las cosas, principio de todo bien, comparado con el cual todas las cosas aquí abajo son poca cosa. *Asentaste la tierra sobre sus cimientos, y no vacilará jamás*<sup>3</sup>.

La tierra es a los ojos de los creyentes un traje para un día, una vivienda temporal, el lugar donde se vive, donde se trabaja, donde se tiende a la eternidad. La vida, para los fieles, es como esas flores frescas por la mañana y marchitas por la tarde. Así es con todas las cosas de la tierra: nuestro Señor imprime en el alma, si se recoge profundamente para recibirlo, si lo deja hacer, un vivo sentimiento de lo que es eterno en comparación con lo que no lo es, de lo que es esencial, perfecto, divino, soberano,

---

<sup>3</sup> SI 103,5

de lo que es nuestro fin: enciende en el alma la verdadera sed de las cosas divinas, en lugar de estos pequeños deseos, de estas pequeñas ocupaciones en las que apaga la sed.

Conocéis esta historia de la Biblia. Una vez se hizo cruzar al ejército de Israel un torrente, y su jefe sólo tomó los guerreros que habían bebido de su mano sin parar, sin doblar las rodillas<sup>4</sup>, aquellos que habían cruzado rápido y solo habían probado de pasada lo que era para ellos refrescante. Esto es lo que os quiero hacer comprender. En la vida sin duda es necesario refrescarse, pero al pasar, sacando del hueco de su mano lo que sea necesario para vivir, y no detenerse en ello para poner ahí su alegría, su felicidad.

No me refiero sólo a las religiosas: cualquier criatura que pone su alegría en este mundo, que se detiene en él, que no ve nada más allá, esta criatura está en un camino absolutamente falso que no conduce a la verdad. Llega la muerte; se encuentra sin haber buscado, querido, deseado lo que solo era deseable, amable, estimable, perfecto, soberano. Al contrario, cuanto más penetra el alma en las bellezas eternas, más se abre a luz, a la verdad, más dispuesta está a no dar mayor importancia a lo que pasa, está más apta para sacrificarlo todo, para abandonar todo en el camino. Aprende esto de nuestro Señor Jesucristo.

Hay un segundo efecto que produce nuestro Señor en el alma, cuando desciende en ella por la Comunión, y os lo quiero señalar. No quiero decir que lo hace en cada comunión, porque a veces se calla para ponerlos a prueba. A menudo, si lo escucháis atentamente, él, la palabra eterna, os dirá la palabra que es la de vuestra salvación.

Si encontrarais a un santo, a un hombre perfectamente clarificado que, por una intuición sobrenatural, conociera el fondo de vuestra alma, que os dijera "Este es el defecto a corregir, la virtud a adquirir, lo veo a luz de Dios" – esto les sucedió a los santos, como San Felipe de Neri que conocía todos los pecados antes de que le fueran confesados – ¿quién de vosotras no estaría feliz al encontrar a este hombre que os dice así el secreto de vuestra alma, su necesidad íntima?

Nuestro Señor, si le preguntáis, está dispuesto a deciros, con una ciencia que supera a la de todos los santos: "Aquí está tu defecto". Es posible que os hayan dicho esto antes, pero no os llamó la atención. Nuestro Señor derramará una nueva luz en vuestra alma si le presentáis valientemente vuestras necesidades. A veces las diremos, pero teniendo cuidado de no descubrir el defecto principal, la herida verdadera y profunda. Nos decimos: "Quiero servir a Dios... Quiero la perfección." El defecto que está en el fondo, que trae las faltas que tenemos que confesar más a menudo, las imperfecciones que uno comete en la vida religiosa, *no queremos verlo*. Nuestro Señor está listo para dárnoslo a conocer; Él nos dará el remedio, por el amor y por la luz.

En religión, no es la luz lo que falta, muchas veces os la han dado. Pero la palabra humana no tiene esta bendición de hacer nacer, en el fondo del corazón, el ardor que hace abrazar lo que es contrario a la luz natural, a este razonamiento interno y natural por el cual uno se excusa, organiza su propio camino, se mantiene en algunas imperfecciones. Nuestro Señor dirá, si nos recogemos en la comunión, si le abrimos el fondo de nuestro corazón, esta palabra que arrastra todo, que es luz y calor, ese algo que, en el fondo del alma, nos empuja con generosidad en el camino del cielo, de la perfección, de la santidad.

---

<sup>4</sup> Ju 7,5-7

Comulgamos a menudo, pero a menudo no recibimos estos efectos ¿Estamos lo suficientemente atentas, lo suficientemente recogidas a lo largo del día? En la oración, ¿tratamos de aplicarnos a estos dos puntos que os he señalado? Lo que santifica el alma no son las luces en puntos particulares, es una gran idea de Dios, una gran pureza para complacerlo, una gran generosidad, una gran fidelidad.

Quedémonos esta semana con estos pensamientos. Que nuestra devoción al santo Sacramento en la comunión y en la adoración nos lleve allí. Seamos almas que adoran en espíritu y en verdad, almas atentas, generosas, fieles, recogidas.

Os hablaba de la contemplación. También es el camino de la vida interior. Perfectas son las almas que contemplan las cosas de Dios, las escuchan, las guardan, como se dice de la Santísima Virgen que *guardaba en su corazón* todas las cosas que había visto de la vida de Jesucristo<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Cf. Lc 2, 19.